

SECRETOS DE XANADÚ



Ilustración: Jaime Gallo.

JAIME ALEJANDRO RODRIGUEZ 2019

SECRETOS DE XANADÚ

Jaime Alejandro Rodríguez

2019

El niño y su mascota

Esa mañana, J'Martin se encontraba a punto de visualizar una cinemática que había llegado a su canal virtual y que ni siquiera habría pensado abrir si no hubiera sido porque el nombre del emisor le llamó la atención. La pantalla interactiva de su dormitorio, desplegada sobre una de las paredes de la habitación, mostraba como siempre hora, fecha, medidas biométricas, pronóstico del clima y un listado de comunicaciones atendidas y pendientes.

A la izquierda de su cama, sobre un mullido tapete gris lo miraba, como si también estuviera sorprendido, su fiel acompañante, Cástor, un espécimen híbrido de compañía que había adoptado hacía unas semanas, después de verlo en un anuncio que lo reportaba como *ser en peligro de muerte*, maltratado por alguno de los humanos Retro que todavía creen que los animales de compañía son sus esclavos o sus juguetes o peor aún, chivos expiatorios sobre los que pueden descargar sus iras o sus malas energías.

La expresión de los ojos del animal confirmó lo que el traductor a voz de sentimientos incorporado a su collar anunció de pronto:

—¿Te preocupa algo, es por el mensaje?

—Sí —respondió J'Martin, mirando a Cástor y acariciando su cabeza—, un mensaje de emisor desconocido que no sé si responder. Tengo temor de que sea una de esas comunicaciones falsas que los Amenazantes están enviando a la gente por estos días para afectar su tranquilidad.

J'Martin, accionó la palanca de nivelación al ciclo matutino, con lo que las superficies de la cama, el mesón de noche y la pantalla de entretenimiento nocturno se plegaron a piso y paredes y quedaron guardadas en sus cubículos. En seguida emergieron el mesón de la cocina, la estufa, la mesa y los asientos del comedor. Todo listo para el desayuno.

La habitación de J'Martin tenía unos 40 metros cuadrados, sus paredes y piso eran blancos y además de un breve mural que representaba esquemáticamente a los miembros de la familia (papá, mamá, hijo y espécimen de compañía) no había nada que adornara las superficies. Un sistema sensible a la luz solar aclaró automáticamente el vidrio del ventanal de la habitación y lo convirtió en una suerte de pantalla desde la cual el paisaje de una ciudad ya bulliciosa atrajo la atención de los dos residentes.

Por unos minutos, J'Martin y Cástor se mantuvieron en la ventana absortos por el espectáculo de una mañana ya en pleno movimiento: el tráfico de autos autónomos que llevaba disciplinada y puntualmente la gente a sus trabajos, la nube de biciusuarios que corrían por senderos perfectamente marcados, paralelos a las vías inteligentes del transporte masivo, uno que otro taxi volador que transportaba a algún rico empresario o a un político, algunos robots transformables que llevaban productos y mensajería a casas y oficinas, decenas de cámaras que se movían ansiosas para no dejar nada fuera de su alcance. Todo normal, todo bajo un sol que a ratos quedaba cubierto por nubes de agua, a ratos por las partículas contaminantes que no alcanzaron a ser desechadas del todo durante los servicios de aseo y asepsia de la noche anterior.

Reciben un mensaje de Jessica Petry

Niño y mascota fueron sacados de su visión por la irrupción del holograma de comunicación de los padres en medio de la habitación que ahora los saludaban.

—¿Qué tal noche mi amor, dormiste bien? —Preguntó la imagen pixelada de la madre.

—Bien, madre, una noche tranquila o si no que lo diga Cástor —respondió el niño señalando al animal que levantó la antena y movió la cola, a manera de confirmación.

—Hola querido Cástor —saludó la madre avergonzada por el olvido.

Hijo —irrumpió la voz un poco entrecortada de la imagen del padre—, ¿viste el mensaje de una tal Jessica Petry?. Es que me ha escrito a mi también, diciéndome que necesita hablar contigo urgente. Si es la que pienso, entonces la conocí hace más de diez años en la empresa donde trabajo, pero supe después que se había jubilado y le perdí el rastro. ¿Acaso tú la conoces?

—No papá, no la conozco, por eso no he contestado. Cástor también está de acuerdo que es mejor no atender a extraños. Con lo que se vive ahora en el país, es mejor ser cuidadosos. Y además se me hace muy raro que quiera reunirse conmigo. No sé...

—Haces bien hijito —interrumpió la madre—. A mi también me escribió y me sugirió que si lo consideras podemos ver juntos el mensaje.

—Bueno, madre, me parece buena idea y si tú quieres acompañarnos también —propuso J'Martin dirigiéndose ahora a su padre—, podemos hacerlo los tres, digo los cuatro con Cástor.

—Claro hijo —contestó el padre, si quieres nos reunimos después del desayuno.

—Veo que vas a desayunar en tu cuarto —volvió a interrumpir la madre—, pero si quieres bajas y nos acompañas.

—No, madre, se perdería la programación que hicimos anoche con Cástor con tanto esmero —aclaró J'Martin—. Mejor los llamo en media hora.

Y dos amigos se comunican.

—Hola Lula —saludó J'Martin a su amiga quien se comunicó al canal virtual poco después de la conversación con los padres—, qué bueno verte tan temprano.

—Hola Martin —respondió la niña, levantando su mano—. Siempre me parece muy gracioso que comas en ese plato gemelo al de Cástor —y se dirigió enseguida al animal—. Hola Cástor.

—Hola Lulita —sonó la voz robótica desde el collar de Cástor, quien levantó su hocico del plato de comida y miró la pantalla desde abajo.

—¿Tenemos algo por hacer hoy temprano? —interrogó J'Martin—. Es que no recuerdo y tengo ahora una reunión con mis padres que puede demorarse un poco.

—No Martín, no —respondió un poco apenada Lula—. Es que quería preguntarte si conoces a alguien con el nombre de Jessica Petry. Recibí esta mañana una cinemática con ese nombre y quiero cerciorarme antes de abrirla.

—Curioso, muy curioso —se oyó desde el collar de Cástor, quien de un salto se puso frente a la pantalla, al lado de J'Martin.

—Si, es muy curioso como dice Cástor —confirmó el chico y explicó—: también recibimos un mensaje con ese nombre esta mañana. Precisamente eso es lo que voy a hacer ahora con mis padres, verlo juntos. Parece que Jessica fue una antigua compañera de mi padre en su trabajo, tal vez por eso me resultaba conocido ese nombre, debí escucharlo alguna vez.

—Pues entonces ya somos cinco los que hemos recibido el mensaje —dijo sorprendida Lula y enseguida corrigió—: perdón Cástor, seis. También Alejo lo recibió. Acaba de llamarme.

—Es todo muy raro —dijo pensativo J'Martin—. Si te parece, hacemos reunión virtual los seis —propuso, y sin dar tiempo a la respuesta de Lula, agregó —: Dile a Alejo que esté atento a la cita.

—Vale —concedió Lula—. Yo le aviso y en un rato nos vemos.

La pantalla no se cerró y la imagen de Lula siguió viéndose. J'Martin miró a los ojos de Cástor. Telepáticamente conversaron sobre lo que estaba sucediendo. Llegaron a la conclusión de que había que andar con mucho cuidado en ese asunto de los mensajes de Petry.

Afuera, el bullicio callejero seguía su ritmo normal. Por una de las esquinas del ventanal se asomó una de las cámaras de vídeo vigilancia que enfocó su ojo hacia el interior de la habitación. Cástor ladró y J'Martin se percató así de la intromisión. No entendía por qué esa cámara que había denunciado tantas veces a la superintendencia, seguía programada para invadir su privacidad. Accionó la cortina de oscuridad y se encendió la luz artificial.

—¿Viste el código del ojo, Cástor?

El animal movió sus orejas y comenzó a ladrar de nuevo.

—Tendremos que escalar la queja a la Auditoría —pensó J'Martin, mientras acariciaba el lomo de Cástor, que solo así se calmó y contuvo su latido.

Tras el desayuno en familia

Sobre la mesa, dos platos similares: hondos y estampados con figuras abstractas de colores jaspeados. El más grande, el de J'Martin, colmado un momento antes por el brazo dispensador con una mezcla extraña de cereales, leche achocolatada, carnes y vegetales en trocitos. El otro, el de Cástor, idéntico, solo que más pequeño y lleno con comida especial mojada también con leche achocolatada. J'Martin no usaba los cubiertos, sorbía del plato que levantaba a veces con sus manos y se ayudaba con los dedos para llevar sólidos a su boca. Cástor, sentado en uno de los asientos y con sus patas delanteras sobre la mesa, hundía su hocico sobre el plato y comía, alternando la mirada desde su plato al de J'Martin. No hablaban mientras comían, pero telepáticamente conversaban sobre el menú para el siguiente día.

—Estamos de acuerdo entonces —dijo al fin J'Martin, mientras Cástor se recostó en su tapete y dio un par de vueltas sobre su espalda a modo de aprobación.

Entretanto, Lula y Alejo, cada uno en su casa, pero conectados virtualmente a través de sus pantallas de cinemáticas, tomaban sus desayunos y conversaban animadamente. El tema, por supuesto, los mensajes de Petry. Habían estado tentados a abrir el correo pero se habían frenado a la espera de la reunión.

—Creo que Petry es solo un apodo que debe esconder algún mensaje sutil —sugirió de pronto Lula—. No sé por qué no me quito de la cabeza la imagen del material de vidrio que se usaba en los laboratorios para cultivar y observar el crecimiento de microorganismos. Le daban ese nombre, placa de Petry. Es como una invitación a observar algo que va a crecer desde algo muy pequeño, un secreto que requiere estudio, no sé...

—Tú siempre tan perspicaz, Lulita —respondió Alejo, sorprendido otra vez por la capacidad imaginativa de su amiga—. Sugiero que esperemos a la reunión para sacar conclusiones.

—Vale —concedió Lula y enseguida cambió de tema sin aviso como de costumbre—. El plato que me programaste para el desayuno está delicioso. Esos cereales con frutos rojos son una ensoñación y las empanadas están súper.

—Pues los tamalitos que programaste para mí están muy ricos —aceptó Alejo—. Creo que no los había probado antes —y enseguida agregó con determinación—. Debemos seguir esta práctica de planificar el desayuno del otro.

Al mismo tiempo, los padres de J'Martin terminaban el desayuno en el comedor auxiliar de la casa, en el piso anterior al de su hijo, donde están los muebles del área social y la alcoba de los dos. Nada más tradicional: frutas, huevos al gusto, tortillas y café. La madre, nada más tradicional, llevaba las sobras al shut de basuras.

—Creo que el set digestivo que me instalaron el mes pasado está funcionando a la perfección —confesó la madre.

—Me alegra mucho, Berta —replicó el padre—. No sabes lo importante que es para todos que tus funciones se estén asimilando tan bien después del accidente.

Tras un silencio de un par de segundos que al padre le pareció un poco incómodo, éste fijó su vista en la pantalla desde la que podía ver a su hijo y a Cástor acabando el desayuno y se percató de que la pantalla de J'Martin había quedado abierta, quizás no intencionalmente, y enfocaba el comedor de su amiga Lula, a quien su hijo habría contactado poco antes. Pero lo más curioso es que la pantalla de Lula mostraba a su vez la de Alejo con quien conversaba virtualmente.

—¿Te fijas, Berta? —advirtió el padre a la madre y añadió con ironía—. Todo un desayuno familiar.

El padre vio cómo, al terminar lo suyo, J'Martin accionó la palanca de arreglo de la habitación al modo estudio y los objetos de cocina y comedor fueron recogidos, aseados y guardados en los estantes interiores por el sistema robótico de limpieza, para dar paso a la configuración de estudio de la habitación: escritorio, sillas, sofá, estantes digitales y pantallas.

—Ya podemos empezar la reunión virtual —sentenció el padre.

Una pista

La cara de todos, incluida la de Cástor, no podía ser más diciente.

¿Qué había sido eso? El audio, en el que la voz de una mujer se presentaba como Jessica Petry, antigua trabajadora de la corporación Xanadú, saludaba y después de unas breves palabras sobre lo importante que había sido su experiencia laboral y científica en la empresa para la que trabajó por varios años, hacía a una invitación a cenar “a lo antiguo” sin detalles ni indicaciones. Solo un frío y extraño “hasta la próxima” que podría indicar que habría otro mensaje o simplemente una fórmula de despedida. Tres minutos, sólo tres minutos había durado la transmisión.

—Debe ser la broma de un loco —se atrevió al fin a decir, Felipe, el padre, rompiendo el hielo que se había instalado en cada uno de los lugares de recepción del mensaje.

—O tal vez uno de esos mensajes que están llegando con contenidos raros, según he visto en las redes —quiso aclarar Alejo, quien se encontraba con Lula en su habitación, y agregó—.

Dicen que los Amenazantes están confundiendo a la gente como parte de sus prácticas políticas, ahora que se acercan las elecciones regionales.

—Me siento mal —confesó J'Martin, mientras acariciaba la cabeza de Cástor quien, tras un breve chillido, lo miró como acongojado—. Tanto alboroto para nada, les hice fue perder tiempo —se quejó.

—No hijito —replicó Berta—, recuerda que nosotros también recibimos el mensaje al igual que tus amigos. Tal vez como dice tu padre nos embromaron a todos.

—Pues no sé —dijo de pronto Lula, tras un nuevo silencio—. Me parece más bien que el audio es una especie de mensaje cifrado.

—No vas a salir con lo de la placa de Petry, ¿no? —reclamó Alejo.

—¿Y por qué no? —replicó Lula.

—¿De qué están hablando? Cuéntenos el chiste —solicitó J'Martin.

—Pues miren —comenzó su aclaración Lula—, Petry es el nombre de un material de laboratorio que se usa para observar el crecimiento de microorganismos como las bacterias. Se me ha ocurrido que Petry no es tanto el nombre del emisor del mensaje, aunque así lo parezca, sino la clave para indicar que nos están invitando a observar un asunto que irá creciendo o que ha crecido con el tiempo.

—¿Ven lo que les digo? —interrumpió Alejo—. Ella siempre ve cosas raras en todo.

—Tiene sentido —admitió J'Martin y ordenó—: continúa Lula por favor.

—Mientras ustedes conversaban extraje las letras que se necesitaban para completar las palabras que no se escuchaban bien por la mala calidad del audio, ¿se dieron cuenta?

—Uy sí —exclamó Alejo— iba a comentar algo sobre eso.

—Nosotros llenamos automáticamente las palabras incompletas —continuó Lula sin poner atención al comentario de Alejo—. Nuestra mente exige sentido y entonces pasamos por alto la dificultad si el autollenado satisface el significado del mensaje. Es lo que nos pasó a todos hoy: nos molestaban las interferencias, pero nos sobrepusimos porque el mensaje se entendió sin problema. Aquí están las letras que faltan en el audio.

Lula levantó su dispositivo hacia el foco de la cámara y todos vieron la secuencia de letras y signos que había extraído del ejercicio que acaba de hacer. Después de unos momentos, se oyó la voz de Alejo.

—El mensaje cifrado es: “parque centenario oeste 3 ciclas” —confirmó Alejo, entre sorprendido y ufano.

—Pues tiene sentido —afirmó Felipe, tras el nuevo silencio que siguió al discurso de Lula.

—Yo creo que la invitación a cenar en realidad es una invitación a visitar ese parque que resulta del análisis de Lula —concedió J'Martin y sus palabras fueron seguidas de dos latidos de Cástor que afirmaban la propuesta del niño.

—Si es así, deberíamos organizar entonces esa visita —propuso Alejo.

—No sin nuestra compañía —sentenció Felipe, mirando a Berta.
—Sí, estoy de acuerdo —completó Berta—. De ir, van con nosotros.
—No sé —replicó Lula—. La referencia a las ciclas y el número 3 claramente se refiere a que seamos nosotros los que vayamos.
—Y que le hayan llegado copias del mensaje a ustedes —sugirió J'Martin—, tal vez indica que nos acompañen desde lejos, copiando nuestras acciones, es decir pendientes de nosotros.
—Está bien —admitió Felipe, tomando de la mano a Berta—. En todo caso van bien protegidos y con GPS y transmisores de streaming activados para seguirlos todo el tiempo.
—Sí, hijitos —suplicó Berta—. De ir, van bien protegidos por favor.
—Claro señora —asintió Alejo—, seguiremos sus indicaciones —y tras una pausa agregó—: sólo queda entender qué quiso decir con la expresión “a la antigua” que Petry repitió tres veces.

3 ciclas vuelan hacia el Parque Centenario.

Todo listo: el casco visor con realidad aumentada que además de protección y depuración del aire a respirar, ofrecía información anticipada del estado de las vías y el pronóstico del clima, el chip de audición activado para recibir mensajes, llamadas y música a gusto, el reloj con aplicaciones para detectar condiciones biométricas y emitir alertas de salud, el mecanismo de pedaleo electrónico asistido, el sistema de levitación para ser utilizado en caso de necesidad, las cámaras de videostreaming y por supuesto el traje protector con todos los aditamentos.

Los tres chicos se encontraban en la zona de estacionamiento central y estaban ya listos para emprender la ruta de treinta kilómetros que los separaba desde ese lugar hasta el Parque Centenario, al oeste de la ciudad. Mejor no podía encajar el mensaje cifrado.

—Bien chicos —anunció Lula—. Todo chequeado, podemos iniciar nuestra aventura. Felipe y Berta están conectados. Todo listo.

Alejo y J'Martin levantaron el pulgar de la mano derecha como confirmación del acuerdo y Cástor, que iba acomodado en la canastilla de pasajeros de la cicla de J'Martin, ladró dos veces como siempre que quería indicar un sí.

Treinta kilómetros podían hacerse en hora y media o 20 minutos, dependiendo de la combinación del set de pedaleo que se pusiera en marcha. Obviamente el sistema de levitación era el más rápido, pero no en todas las zonas estaba permitido y podía llegar a ser peligroso, pues las ciclas sólo podían levantarse hasta tres metros por encima del suelo. La levitación en cicla era todo un arte que estos tres chicos sabían operar muy bien, pero no querían apresurarse, más bien habían decidido disfrutar el día soleado que hacía en la ciudad y llegar con tranquilidad al lugar señalado por el mensaje encriptado.

Tres chicos y su mascota volaban por ratos en sus bicicletas sobre una ciudad congestionada y en franca ebullición a esa hora de media mañana que habían seleccionado como horario para su travesía, convencidos de que habían sido escogidos para llevar a cabo una misión importante.

Demoraron poco menos de una hora en llegar y llevaron sus vehículos al estacionamiento oeste, donde contaban con lockers para guardar sus aditamentos y dispensadores de bebidas energizantes para reparar fuerzas.

—Mucho cuidado hijos —sonó la voz de Berta en sus chips de audición—. Nos van informando de cada paso que den.

—Claro, Madre —respondió por los tres J'Martin—, tendremos mucho cuidado.

El Parque Centenario a esa hora estaba apenas ocupado por pocas personas conectadas algunas a sus dispositivos de comunicación, otros a sus tabletas de lectura. Un par de robots de limpieza recogían residuos y basura y las cámaras de vídeo vigilancia escaneaban los movimientos de transeúntes y visitantes.

Los chicos se sentaron en una de las bancas, observaron el sitio y empezaron a discutir el siguiente paso a dar.

—¿Y ahora? —preguntó Alejo.

—Debe ser alguno de los edificios cercanos —sugirió J'Martin

—Aquí puede que las otras indicaciones del mensaje nos ayuden —propuso Lula.

—A ver con qué sales ahora —pregunto en broma Alejo.

—Miren chicos —afirmó Lula con ese tono que indicaba tener claridad y que los otros dos ya conocían—. El número 3 puede indicar la dirección de uno de los edificios. Si combinamos eso con la otra pista, la referencia a lo antiguo, resulta que el edificio debe ser la casona de arquitectura de medio siglo ubicada en el tercer predio que se cuenta desde la esquina noreste.

—Guau, como diría Cástor —exclamó entre sorprendido y estupefacto, J'Martin, mirando a su amigo—. Qué haríamos sin ti, querida Lula.

Los cuatro aventureros se dirigieron a la casona que en realidad resultó ser una especie de plazoleta de locales de ventas varias. Se percataron de que el local marcado con el número tres estaba abandonado y no dudaron que ese era el lugar indicado.

Todo estaba encajando a la perfección y eso les dio la seguridad para tocar a la puerta del local que parecía cerrado. La puerta cedió y pudieron ver que el espacio estaba vacío. Se atrevieron a entrar y muy pronto entendieron la distribución del espacio: la zona de ventas, un baño y un cuarto de depósito. En este último, pudieron ver un pequeño rollo en el centro de la habitación.

—Tengan cuidado, muchachos —se escuchó la voz de Felipe en los dispositivos de audio.

Entraron.



ñ

Al encuentro de los primeros secretos

Apenas una bombilla de pocos watios alumbraba el espacio. Cerrada la puerta, ningún ruido se filtraba del exterior, de modo que el ambiente invitaba a la concentración. Los cuatro se sentaron en círculo sobre el piso y Alejo sostuvo el extraño rollo en las manos. Se trataba de un material cada vez más escaso: papel, una lámina delgada elaborada con fibras vegetales, sobre la cual estaba impreso un texto que los chicos empezaron a revisar. Alejo tuvo que usar las dos manos para ir desenvolviendo el rollo y acceder así al mensaje.

Xanadú fue una corporación de tecnologías, surgida tras el mítico apagón de Internet en 2019 — comenzó a leer Alejo—. Durante las dos primeras décadas se fue consolidando como líder en avances tecnológicos de todo tipo. Estas fueron algunas de las actividades que Xanadú desarrolló oficialmente durante la década de los cincuenta —leyó en tono más alto Alejo—, época durante la cual prácticamente acaparó toda la actividad de innovación tecnológica del mundo. Estaba organizada en departamentos: el de salud con proyectos como Allcare 120, cuya inteligencia artificial permitía analizar, diagnosticar y ofrecer tratamientos en pocos segundos a partir de la información actualizada de signos vitales y condiciones médicas que llegaban a los relojes de los usuarios, garantizando una medicina preventiva muy eficaz. El número 120, indicaba el propósito: aumentar la supervivencia de los humanos en buenas condiciones hasta los 120 años por lo menos.

—Por lo visto, fue un muy buen inicio de la extensión longeva —interrumpió Lula—. Hoy la expectativa de vida es de 150 años, un tercio más de lo que era por entonces.

—Es verdad —concordó J'Martin—. Por no hablar ya de inmortalidad. Sabemos que ya hay tecnologías que garantizan hoy una extensión de la vida tan larga que podríamos considerarla sin término, al menos eso fue lo que entendí de nuestra última lección de tecnología, ¿recuerdan?

—Continúo —interrumpió Alejo, con la aprobación resignada de los demás—. *También lideró todo el tema de transporte: automóviles autónomos, vías inteligentes, mensajería robótica. Incursionó también y tempranamente en la tecnología blockchain y en el tema de criptomonedas, que fue un proyecto muy bien cuidado por la institución. También participó en proyectos de vídeo vigilancia, especialmente en la tecnología de reconocimiento facial. Paralelamente, desarrolló y ofreció herramientas para garantizar la privacidad que fue uno de los nichos de mercado más productivos de Xanadú, hasta que se descubrió que sus ofertas de servicios encriptados escondían una espectacular estafa, detrás de la cual se filtraban los atesorados datos privados de sus usuarios. Fue el comienzo del fin.*

—Es increíble. Hoy apenas si se habla de Xanadú —intervino J'Martin tras los incómodos segundos de silencio que siguieron a la dificultad de Alejo para manipular el rollo y continuar la lectura.

—¿No es más? —preguntó Lula, también inquieta por la actitud de Alejo, quien tardó un rato más desenvolviendo el rollo y examinándolo con gestos los más de graciosos. Miraba por abajo, volvía a la parte superior, revisaba el anverso del papel.

Después de dos ladridos también ansiosos de Cástor, por fin Alejo dijo algo que llamó la atención de los cuatro.

—Es que no hay nada más, pero es como si el papel contuviera más palabras, aunque muy difusas, como si alguien las hubiera borrado, no sé, es muy extraño.

—Muestra reviso yo —sugirió J'Martin y recibió el rollo.

Tras de hacer los mismos movimientos graciosos que antes hizo Alejo, J'Martin alzó por casualidad el rollo y lo puso contra el bombillo.

—Podemos ir a cenar a la zona rosa que está muy cerca —anunció J'Martin, a lo que Alejo respondió:

—No, pero si ni siquiera hemos almorzado, primero terminar esto, ¿no crees?

—Alejo —advirtió entonces J'Martin—: estoy leyendo lo que se puede ver a contraluz.

La carcajada de los otros dos y el latido de Cástor no se hicieron esperar.

—Muestra miro yo —ordenó Lula al tiempo que rapaba el rollo de las manos de J'Martin, quien no paraba todavía de reír.

—Es cierto —sentenció sorprendida Lula—. El mensaje fue escrito con tinta invisible. Debe ser una nueva pista. Y aquí hay otras palabras —agregó levantando el rollo.

La madre

—¿No te parece demasiado riesgoso lo que hacen los chicos? —preguntó Berta, más para sí misma que con la intención de obtener una respuesta inmediata de Felipe, quien desde el sofá de la sala miraba cómo ella ponía en orden la mesa para la cena.

El proceso para Felipe no fue nada fácil. Diseñar y adoptar una familia, no heredarla, sino construirla. Esa fue una decisión tomada y elaborada desde la edad que tenía J'Martin: 11 años. Él mismo era producto de lo que entonces se llamaba una familia tradicional: hijo de dos adultos que habían resuelto juntarse para desarrollar una vida común y tener hijos por la vía biológica natural. Ya para entonces, 40 años antes, existía la posibilidad de adoptar hijos de cualquier edad sin restricción alguna, pero ellos decidieron hacer las cosas a la antigua y se empeñaron en recuperar lo que alguien ha llamado el valor de los lazos de sangre. Habían pensado tener muchos hijos, construir una familia numerosa, de alguna manera repoblar su mundo.

Pero la vida les frustró todos sus planes. Después de varios intentos, la madre quedó por fin en embarazo, sin embargo, tuvo grandes dificultades para llevarlo a término y la indicación médica fue no preñarse de nuevo so pena de un alto riesgo de muerte para ella y para su hijo. Felipe fue entonces criado como único hijo, pero su padre no aguantó el peso de la decepción y cuando él tenía 8 años los abandonó. Una carga que Felipe soportó sin mucha conciencia hasta unas semanas después de su cumpleaños once, fecha en la que murió su madre, por lo que fue llevado a una institución, donde tomó la definitiva determinación de adoptar su familia.

La de hoy, la que conformaban él, Berta y J'Martin, era en realidad su segundo intento. El primero no funcionó: se casó con una mujer seleccionada del catálogo de posibles parejas que ofrecía una plataforma digital y después de un año juntos, adoptaron un niño de cinco años que al poco tiempo devolvieron (estaba estipulada esa posibilidad en el contrato), por sus múltiples problemas de salud física y mental que les hizo insostenible la vida, al punto de que junto con la devolución vino también la disolución del matrimonio.

Pasaron diez años. Felipe había decidido dejar de lado la idea de familia y se había dedicado por completo a su trabajo en el área de robótica. Fue justamente en la corporación donde trabajaba que se enteró que la empresa había conseguido no sólo perfeccionar el prototipo, sino obtener la licencia para la comercialización de su producto estrella: Mother, un robot antropomorfo, perfectamente programado para actuar como la madre ideal, incluso si se requería una crianza temprana de seres humanos.

No lo pensó más, junto con la adopción de J'Martin, entonces de cinco años, compró a Berta, la madre para su hijo adoptado.

Mientras Felipe veía a Berta terminando de poner la mesa, sintió que estos seis años habían sido los mejores de su vida. Había podido desplegar sentimientos muy cercanos a los que definen como el amor. Berta cada vez aprendía más y perfeccionaba sus inteligencias, incluidas, y sobre todo, las emocionales, y J'Martin había resultado un chico maravilloso, inteligente, amoroso, sociable.

Incluso con la adopción de Cástor se podía decir que se había cerrado un círculo familiar envidiable.

—¿No crees? —Insistió Berta ante el silencio ya prolongado de Felipe, exigiendo ahora sí una respuesta.

—Perdona querida, estaba distraído —contestó Felipe con cierta vergüenza a sabiendas de lo mucho que molestaba a Berta que no le contestaran —. Sí, creo que están corriendo riesgos,

aunque el hecho de que hayan permitido nuestro acompañamiento me tranquiliza un poco. Además, no sé por qué siento que esta aventura deben vivirla para su crecimiento.

Los niños invisibles

El uso de la tinta invisible sobre el rollo de informaciones que habían leído los chicos, sugería muchas cosas. Por ejemplo, no sólo sería una medida para garantizar la discreción de los mensajes, sino también una alusión al singular perfil de los elegidos, J'Martin, Lula y Alejo, y por su puesto Cástor. Todos ellos tenían como práctica para el uso de redes sociales y en general para las comunicaciones a través de los diversos canales de Internet, el cuidado de no dejar rastros de sus actividades.

En efecto, según le recordaba ahora Lula a sus compañeros, ellos, por una decisión que habían tomado hacía exactamente un año, con el acompañamiento de sus padres, se habían hecho invisibles para bots y máquinas rastreadoras de datos e interacciones. No es que no usaran redes y canales, sino que cada vez que lo hacían, las aplicaciones de privacidad borraban sus huellas.

Si bien eso había hecho que sus interacciones no fueran masivas y en algunos casos muy limitadas, explicaba Lula ahora, les había garantizado a cambio que no fueran bombardeados en sus canales por empresas comerciales o interceptaciones estatales y sobre todo los protegía de malhechores que usaban la red para la manipulación y el engaño de niños que por lo general utilizaban las redes sin muchas precauciones.

Por alguna razón, concluía Lula. ahora esa condición de niños invisibles los había hecho aptos para emprender esa misión que todavía no estaba clara del todo, pero que tanto los había entusiasmado, un poco porque parecía importante, un poco por curiosidad.

—¡Miren esto! —exclamó Lula, interrumpiendo su discurso y señalando de pronto una zona del rollo de papel que ella había vuelto a tomar—. ¡Es una rosa de los vientos!

Ciudades invisibles

—Muestra a ver —reclamó Alejo, tomando ahora el rollo con una fuerza un poco exagerada que le hizo sentir vergüenza. Miró a Lula con prevención y agregó —: Si, es cierto, hacía rato que no veía este símbolo, está clarito. ¿Quieres revisarlo Martin? —sugirió, pasándole el rollo al chico, mientras del collar de Cástor se escuchó: <¿Qué es, qué es?>.

—Hay algo más —aclaró J'Martin colocando sobre el piso el rollo—. En cada posición no están las letras iniciales de los puntos cardinales, son como otros signos.

—Es cierto —corroboró Alejo, quien se había acercado y miraba detenidamente el papel—. Parecen números, si son números, ¿que querrán decir?

—Me van a perdonar —interrumpió Lula, que fue a su vez cortada por Alejo—:

—Ahora con qué vas a salir —y arrepentido de sus palabras, corrigió enseguida—. Mentiras, Lulita, tú sabes que yo confío mucho en tu capacidad para entender estas cosas.

—Ustedes siempre con lo mismo, chicos —intervino J'Martin—. Peleando por bobadas. Mejor continúa Lula.

—Los signos —hizo caso Lula—, son direcciones y deben indicar sitios en la ciudad que nos están invitando a visitar.

—Son las instrucciones que deberíamos seguir ahora —infirió Alejo.

—Sí —confirmó Lula—, pero creo que nos están sugiriendo que son puntos invisibles de la ciudad.

—¿Invisibles? —cuestionó Alejo—, ahora si no te entiendo

—Creo que Lula tiene razón —replicó J'Martin—. Tal vez nos están invitando a reconocer aspectos de la ciudad que no son visibles a primera vista.

—Eso creo también —concordó Lula—. Y les preguntó: ¿cómo se puede ver algo que es invisible a primera vista?

—¿Realidad aumentada? —sugirió Alejo

—¿Ves? —afirmó Lula—. Tú también tienes habilidades de interpretación.

—¡Uf! —exclamó J'Martin—. Ahora Lula se sacó la espinita.

—Lo admito —dijo Alejo—, he sido muy grosero, disculpas.

—Bueno, bueno —cortó Lula—, ¿a dónde vamos primero?

—Cástor tiene razón —dijo J'Martin atendiendo los latidos del animal—. Nos hace falta entender lo que significan las letras que reemplazan las de las iniciales de los puntos cardinales: M, A, L y T.

—Está clarito —sentenció Lula—: la M es una indicación para que Martin vaya al norte, la A, indica que Alejo debe ir al Este y yo debo ir al sur.

—¿Y la T? —preguntó Alejo.

—Supongo —sugirió J'Martin—, que quiere indicar que debemos ir todos al Oeste, regresar aquí.

—Eso es —concordó Lula—. Debemos regresar y cenar juntos en la zona rosa, ¿recuerdan?

—No se diga más —concluyó Alejo—. Después del desayuno nos vemos en el estacionamiento de bicicletas.

—Vale —aceptaron al unísono Lula, J'Martin, mientras Cástor saltaba ansioso.

El bombillo de la habitación empezó a titilar y los chicos se miraron entre sí. Quedaron pasmados hasta que la voz del collar anunció <Hora de irnos, chicos>. Por alguna razón, esa advertencia inesperada de Cástor no produjo miedo en ellos, sino una especie de sorpresa que los llevó a la risa, una risa suelta y abierta que les alivió la tensión acumulada durante la sesión. Salieron al parque tomados de la mano seguidos por un Cástor, inquieto y jadeante.

Eludiendo a los Amenazantes

Según las indicaciones encontradas en el rollo, los cuatro aventureros se encontraron en una pequeña tienda de antigüedades de la zona rosa. La tienda era el único lugar que ofrecía servicios de alimentación en el vecindario, de modo que debía ser el sitio que se sugería en el mensaje.

Cada uno había pedido lo suyo para cenar. Lula un par de tortillas de queso y un café. Alejo un plato de huevos revueltos y un té. J'Martin dos sándwiches vegetarianos y un vaso de agua. Para Cástor comida especial con un aditivo de dulce.

—Supongo que debo comenzar yo —dijo Alejo, después de algunas frases más bien anodinas que los chicos habían intercambiado mientras comían.

—Sí —respondió J'Martin, llevándose una servilleta a la boca para retirar las sobras de pan—. Te toca.

Listo. Llegué a eso de las 11 al estacionamiento sur y busqué el número del locker Indicado en las señas de la Rosa de los vientos. Allí estaba un par de anteojos de realidad aumentada. Al ponérmelo, llegó a mi dispositivo de comunicación una solicitud de la aplicación a la que le di autorización. Es lo que debió pasarles a ustedes también, ¿verdad?

—Sí, exactamente igual —respondió J'Martin al unísono con el <si, si> afanoso de Cástor.

—Continúa —ordenó Lula.

Pues bien, a medida que caminaba, las indicaciones se hicieron muy claras. Primero salí del estacionamiento por una de las puertas secundarias, después me interné por las calles del barrio siguiendo la ruta sugerida hasta que una alerta me indicó una presencia. Entonces vi un grupo de tres hombres armados que patrullaban las calles. Corrí hacia una puerta que me señaló el dispositivo, camuflada por la apariencia de un muro común. Por dentro, la puerta tenía un visillo que abrí y de ese modo pude ver escenas aterradoras que sucedían en distintos lugares, según yo enfocara sitios distintos del exterior. Lo que pude entender es que ese era algo así como el lugar de operaciones de los Amenazantes. Los tres hombres de antes tenían la misión de acosar líderes sociales de la ciudad; revisaban una lista de hombres y mujeres con sus señas y daban un orden numérico a los nombres que supongo eran los turnos para emprender sus amenazas y quién sabe qué más cosas contra esa gente señalada.

—Aterrador —exclamó Lula.

Otro grupo, continuó Alejo, desplegaba sobre una mesa un mapa de la ciudad en el que se rotulaban sitios marcados con la palabra “despojo”. Discutían el procedimiento para tomar esos lugares, edificios, manzanas y hasta barrios completos, necesarios para extender el negocio, según entendí de sus conversaciones. La aplicación mostraba constantemente un indicador de salida que supongo estaba preparado para el momento en que sintiera riesgo o decidiera salir de allí.

—¿Y qué hiciste entonces? —Preguntó J'Martin

Estuve tentado a accionar las indicaciones de salida, pero entonces vi que llegaban unos señores vestidos de corbata que entraban a una especie de cafetería, donde discutieron las maneras de espiar personas que pudieran interferir en sus planes. Según pude entender, estos señores controlan no sólo las redes sociales y los canales de comunicación, sino también las cámaras de vídeo vigilancia y hasta algunos dispositivos domésticos.

—¡El ojo! —exclamó J'Martin, al tiempo que Cástor ladró repetidamente.

No sé si fue impresión mía o qué, continuó Alejo sin prestar atención a la advertencia de J'Martin, pero me percaté de que uno de los hombres miraba hacia el lugar donde yo me ocultaba. Entonces sí sentí miedo y accioné la opción de salida. La aplicación me envió por el interior de la casa y me condujo de nuevo al estacionamiento. Dejé las gafas en el locker y regresé a casa a la espera de nuestra reunión. Les confieso que no pude estar tranquilo hasta ahora que nos vemos.

Encuentro con los humanos Retro.

—Lo mío fue menos dramático, pero igualmente miedoso —reconoció Lula, al comienzo de su informe y continuó:

Del estacionamiento Este, la aplicación me llevó a una casa de reuniones sociales donde me esperaban varias personas en un salón con una mesa en la que no había nadie en realidad.

—No te entiendo Lula —interrumpió Alejo—, ¿cómo así que reunión con nadie? Jajajaja, eso sí es raro.

Pues de eso se trataba, de una reunión virtual que estaba preparada de antemano, explicó Lula y continuó:

La aplicación mostraba dos hologramas y un sitio de interacción con un chat. Muy raro, pero esas fueron las condiciones de la conversación, porque fue una conversación de una media hora en la que yo hice algunas preguntas y las presencias virtuales respondieron.

—¿Y el tema de la conversación? —Inquirió J'Martin.

La visión retro del mundo, respondió Lula y prosiguió:

Las tres presencias virtuales, dos hombres y la mujer en el chat, hacen parte del movimiento retro que ha logrado en el mundo revertir ciertas medidas y leyes que hasta hace poco buscaban proteger formas de vida que no son solamente humanas o que respondían a relaciones más equitativas, como el reconocimiento de derechos de la vida animal, especialmente de las especies de compañía, pero también salvaje, la protección de reservas naturales, los derechos de la vida artificial y de máquinas. Todos estos temas son asuntos que a los Retro les parece que no son avances en la vida social como a nosotros, sino asuntos que atentan contra lo natural.

—¿Pero es posible? —preguntó alarmado Alejo.

— ¿Posible, que? —repreguntó J'Martin

—Que alguien piense de esa forma —aclaró Alejo

—Aunque no lo creas —intervino Lula—, no sólo tres personas, son muchas las que están pensando igual y están dispuestas a todo con tal de derogar las medidas que se han montado en estas últimas décadas

De eso trató justamente la extraña conversación, continuó su discurso Lula. De muchas de las formas de vida que nos parecen normales pero que ellos no comparten, como los beneficios que la tecnología ha alcanzado sobre muchos de los comportamientos humanos o de las relaciones que se habían creído progresos para la sociedad. Admití que hay situaciones que pueden ser apenas promesas no cumplidas o incluso cosas que habría que ajustar, pero de ahí a creer que hay que echar para atrás todo lo logrado hasta ahora, me parece inconcebible. Intenté argumentar a favor de lo que creemos que debe ser el camino, pero sentí que no había caso. Ellos creen que muchos de los males y dificultades que hoy vivimos se deben a que perdimos valores que ahora deben rescatarse.

—¡Uff! Qué duro —se quejó Alejo

—¿Y se puede hacer algo? —indagó J'Martin, mientras acariciaba con cierta condolencia la cabeza de Cástor.

—No sé —respondió muy preocupada Lula—. Creo que esta experiencia que Petry nos llevó a vivir, contiene un mensaje de advertencia. Justamente abre a la pregunta, ¿qué hacer?

—Es la misma pregunta que me quedó al final de mi experiencia con los Amenazantes —
advirtió Alejo y enseguida se dirigió a J'Martin—. ¿Y tu experiencia Martín, cómo fue?

El Síndrome de los Jorobados

No fue menos extraña que las de ustedes, comenzó su informe J'Martin. Mi travesía fue por algunos sectores de la zona sur de la ciudad. Las gafas de realidad aumentada me permitieron reconocer personas que a lo largo y ancho de las calles deambulan por la zona y que tienen un aspecto particular, como si fueran de otra raza. La aplicación también me ofreció datos sobre población afectada y las posibles razones de esa condición.

En realidad no son muchos habitantes los perjudicados y ni siquiera se trata de familias o de grupos grandes, no. Son más bien como personas que sufren enfermedades raras que parecen tener conexión con el uso excesivo de tecnologías antiguas como las pantallas móviles que deben ser accionadas con movimientos específicos de nuestro cuerpo o posiciones incómodas que exigen esfuerzos en partes como el cuello y algunos dedos y que afectan el equilibrio natural de los movimientos.

—Pero, ¿cómo son esas personas? —inquirió preocupado Alejo.

Hay cuatro rasgos característicos, continuó J'Martin, y en realidad no son muy notorios, pero sí muy particulares de esa afección. Son un poco encorvados, miopes, con brazos cortos y caminan como balanceándose. Se sabe que la ocurrencia es escasa y no hay una concentración de estas personas en un solo lugar, por lo que no se notan mucho. Tampoco está claro que esas características se hereden pero si hay casos documentados de hijos que nacen con ese síndrome de padres afectados, aún antes de ser usuarios de las viejas tecnologías y por lo tanto se estaría en el camino de un cambio genético. Tampoco todos los que usan esas tecnologías se perjudican de esa forma, más bien son excepciones que quizá se deba a ciertas predisposiciones genéticas que en algún momento disparan las deformidades.

—Es muy raro en verdad —afirmó Lula—. ¿Y solo se ven por el sur?

—Sí, y según la aplicación hay una razón para ello —respondió J'Martin y continuó su relato

Como sabemos, gente con menos recursos vive en la zona sur y la tecnología de pantallas invisibles que hacen más natural la interacción, aunque ya muy extendida no es asequible a todos. Los más pobres usan las tecnologías más antiguas, las de desecho, lo que permite entender una conclusión que la aplicación adelanta.

—¿Y cuál es esa conclusión? —preguntó Alejo.

—Que esta gente está sufriendo una doble exclusión —respondió J'Martin a modo de cierre de su relato—. Primero por la restricción que tienen a las tecnologías recientes, claramente más ergonómicas, y por la condición física que desafortunadamente y en muchos casos los inhabilita para ciertas funciones o simplemente causa la repulsión de algunas personas.

—¡Que triste! —concluyó Lula, mientras Cástor lanzó su latido doble como siempre que quería expresar un acuerdo con alguien.

Los tres chicos miraron al tiempo a Cástor en una reacción automática que de alguna manera expresaba la sensación que había quedado después del recuento de las tres experiencias.

Un desenlace inesperado

¿Se puede hacer algo?

Esa fue la pregunta que empezó a habitar los pensamientos de los aventureros. ¿Se puede hacer algo para evitar los terribles peligros de los Amenazantes? ¿Se puede hacer algo para evitar el retroceso en marcha de las victorias sociales? ¿Se puede hacer algo para evitar lo que parece la tendencia natural e inevitable a la exclusión? Pero la pregunta era más una interpelación directa: ¿debían ellos hacer algo? ¿Por qué habían sido ellos precisamente los seleccionados a tener estas experiencias tan conmovedoras, ellos que apenas empezaban a vivir, que todavía eran unos niños?

Habían develado lo invisible y ahora se sentían compungidos, impotentes, desconcertados frente a lo que habían visto.

—¿Qué hacemos? —se atrevió a preguntar al fin Lula, después de un largo e incómodo silencio.

—No sé, la verdad no sé —respondió cabizbajo J'Martin, mientras Cástor chillaba y metía su cola entre las patas, también abatido.

—Por ahora creo que lo mejor es ir a nuestras casas —sugirió Alejo—, compartir las experiencias con nuestros padres y tomarnos un tiempo.

—De acuerdo, estoy de acuerdo —concluyó Lula

En ese momento alguien de la tienda se acercó con tres cajas envueltas en papel y les dijo:

—Chicos, la señora que estaba en la mesa de al lado, me ha pedido que les entregue estos regalos antes de que salgan.

—Una señora, ¿cuál? —preguntó Lula, inquieta por lo inesperado de la solicitud.

—Una señora de edad que llegó al poco tiempo de ustedes.

—No podemos recibir cosas de extraños —advirtió J'Martin, al tiempo que Cástor ladraba enseñando sus dientes.

—Es cierto —sentenció Lula y se levantó de la mesa.

—Un momento chicos —interrumpió Alejo y enseguida preguntó—: ¿Ya vieron el nombre en las cajas?

—¡Petty! —exclamaron al unísono Lula y J'Martin. Cástor olisqueó los paquetes y ladró de nuevo.

—Me parece que debemos recibir los regalos —sugirió Lula.

—Los cuatro se miraron entre sí y tácitamente decidieron tomar las cajas y llevarlas donde J'Martin y sólo abrir los paquetes en compañía de Felipe y de Berta.

Alternativas

—Es hora de que sus padres se enteren y nos apoyen —advirtió Felipe, después de escuchar a los chicos que habían informado sobre los últimos acontecimientos y habían mostrado los equipos de realidad virtual que contenían las cajas que les entregaron en la zona rosa.

—Es cierto —adhiirió Berta—. Incluso creo que habría que enterar también a las autoridades. Esto ya se puso muy peligroso.

—Voy a comentar con mis conocidos en la policía, pero hay que llevar todo con mucha discreción —advirtió Felipe.

—Y yo hablo con sus padres —anunció Berta, ante lo cual los chicos expresaron con un movimiento de cabeza su acuerdo.

Los chicos ensamblaron en modo de inteligencia colectiva los cascos de percepción múltiple y la aplicación de realidad virtual, así como la proyección en la pantalla de cinemáticas y se alistaron para la incursión por los escenarios que les proponía el juego, esta vez monitoreados por los padres de J'Martin.

El juego exigía reconocer tres formas de organización social que se apartaban de los modos capitalistas. Primero transitaron por el territorio Kurdo donde fueron acogidos por los anfitriones quienes les explicaron cómo funcionaban las comunas y los consejos, las dos unidades básicas de la organización y fueron invitados a realizar algunas actividades y a enfrentar algunos retos que los llevaría a reconocer el énfasis que los kurdos le daban al papel de la mujer, la defensa de la naturaleza y también modos para tejer redes a nivel mundial para extender la experiencia, los tres pilares de su sociedad.

Después de haber adquirido el nivel de conocimiento requerido, los tres jugadores fueron teletransportados al territorio mapuche, donde desarrollaron actividades similares: reconocimiento de las unidades de organización y desarrollo de misiones que les permitieron comprender ideas y figuras propias de los tres grandes objetivos de esta sociedad: la recuperación de sus tierras, la libertad económica basada en agricultura y ganadería familiar y la identidad cultural. Esta parte del juego fue más difícil de ganar por la poca experiencia en asuntos tan puntuales como las visiones ancestrales del mundo, pero entusiasmó mucho a los tres chicos.

Finalizaron el juego con una travesía por el territorio zapatista. Allí las pruebas consistieron en aprender los valores de la relación de igualdad entre hombres y mujeres, los de la organización y trabajo colectivo y el respeto por la madre tierra.

Después de más de dos horas de inmersión, los tres jugadores fueron reconocidos con los máximos honores y nombrados embajadores en la vida real de los modos alternativos de vivir.

Los comentarios no se hicieron esperar

—Qué bonita experiencia —afirmó Lula.

—Sí, muchos aprendizajes —complementó J'Martin

—Maravilloso —concedió Alejo—. Muchas cosas concuerdan con nuestra formación, aunque me quedó la duda sobre el papel de la tecnología en estas formas de vida.

—El hecho de que los aprendizajes se hagan mediante juegos de realidad virtual es la respuesta a tu inquietud —intervino Berta y continuó—. Si tenían preguntas sobre qué hacer, aquí encuentran algunas respuestas. No son las únicas, pero les pueden ayudar para entender un poco mejor lo que les ha tocado vivir en estos días.

Cástor ladró como exigiendo atención y desde el collar salió un <así es> que hizo reír a todos por lo inesperado y a la vez acertado de la expresión.

Un extraño accidente

Pasaron varios días desde la reunión en casa de J'Martin. La rutina cotidiana volvió a instalarse en las actividades de todos. Los chicos se reunieron varias veces para seguir el plan de entrenamiento y aprendizajes que habían definido a principios del año, siguiendo contenidos personalizados y guías en redes sociales y otros canales educativos. El objetivo era obtener la certificación que les permitiría acceder a una formación avanzada el siguiente año.

De los sucesos alrededor de los mensajes de Petry, prácticamente no se habló nada, aunque las inquietudes surgidas con las experiencias que vivieron seguían presentes. Felipe y Berta habían cumplido con su promesa. Uno, acudiendo a la policía donde se enteraron de lo sucedido y ofrecieron recomendaciones para garantizar seguridad de cada uno de los chicos. Berta por su parte, habló con los padres de Lula y de Alejo, les informó los detalles de los acontecimientos y organizó una red para que las tres familias trabajaran mancomunadamente alrededor de los sucesos Petry, cómo empezaron a llamar todos lo ocurrido hasta ahora.

Justo una semana después de los últimos sucesos, cuando ya todo parecía haberse superado e incluso olvidado, ocurrieron dos nuevos hechos que hicieron que la preocupación volviera a asaltarlos. El primero fue el accidente que tuvo Alejo en su bicicleta.

Los chicos habían acordado salir en la tarde para asistir a una conferencia que tendría lugar en el centro de convenciones y que había sido programada meses antes en su plan de estudios. Se juntaron en el estacionamiento de bicicletas después del almuerzo y emprendieron su viaje de 30 minutos en sus máquinas.

—El tráfico está hoy terrible —anunció J'Martin desde su intercomunicador.

—Sí, qué raro —confirmó Lula.

—La aplicación de rutas me muestra dos accidentes y represamiento en la ciclo ruta —avisó Alejo—. Me parece que vamos a tener que accionar el sistema de levitación —sugirió.

Varios autos voladores sobrevolaban los aires de la zona y anunciaban con altoparlantes rutas alternas. El tiempo iba corriendo y los chicos calcularon una variante donde podrían levitar, aunque no sin dificultades. Tomaron el desvío y en el punto autorizado accionaron el sistema.

—Chicos, chicos —anunció Alejo—. Mi sistema no está funcionando, si quieren ustedes siguen adelante —sugirió—, el retraso sería de cinco minutos, yo los alcanzo en el centro de convenciones.

Así lo hicieron. Lula, J'Martin y Cástor siguieron adelante y Alejo continuó transitando por la ciclo ruta. Al llegar, se ubicaron en un lugar del auditorio donde tendría lugar la conferencia y apartaron un puesto para Alejo. Anunciaron que el evento se retrasaría unos minutos para dar tiempo a la llegada de más público.

—Tanto afán para nada —se lamentó J'Martin, mientras Cástor alzaba su cara como confirmando la apreciación.

—Bueno, mejor —dijo Lula, así Alejo no se pierde nada.

Pasaron diez minutos más y al momento de anunciar la entrada del conferencista sonó en los relojes de Lula y de J'Martin el aviso de pánico. El mensaje era escueto y preciso: “Tuve un accidente, por favor vengan a ayudarme”. El mapa indicaba el lugar a pocas cuadras del centro de convenciones, de modo que abandonaron el auditorio y corrieron a pie hasta el lugar indicado.

—No sé qué pasó —se lamentó Alejo—. El tráfico seguía pesado así que volví a accionar el sistema de levitación. Yo sí noté que no seguía funcionando bien, pero alcancé a elevarme tres metros y entonces la cicla se desplomó.

—No te preocupes —dijo Lula—. Ya viene el servicio de salud. Berta también viene.

—Tienes un raspón fuerte y se han afectado los tejidos blandos del brazo

—señaló J'Martin—. Pero creo que no hay fractura.

Jessica es un zombi digital

—No quiero parecer paranoico, Berta —dijo Felipe, mientras levantaba de la mesa los trastos del desayuno—, pero lo de Alejo me parece que no fue tan accidental.

—Pues ojalá estés equivocado —respondió Berta—. Ya habíamos olvidado un poco la aventura de los chicos.

—Mis amigos en la policía están revisando el asunto —contó Felipe—. Me dijeron que iban a mirar cámaras para ver si observaban algo extraño. Aunque son de la idea de que la combinación del afán y un desperfecto de la cicla son la más probable explicación.

—Yo también lo creo —concordó Berta.

—A propósito, ya identificaron la fuente del primer mensaje de Petry—recordó Felipe—. Parece ser un chat normal con algunas protecciones no muy sofisticadas. Quería proponerte que enviáramos un mensaje a ver si nos contesta.

—Deja que termine aquí y lo hacemos —Confirmó Berta, introduciendo los trastos en el lavadero automático.

—Hola, buenos días

...

—Hola

...

Berta y Felipe intentaron varias veces comunicación con el chat que la policía había identificado como el que pertenecía al mensaje que había enviado Petry, pero no obtuvieron respuesta. El indicador de actividad del chat señalaba la fecha y hora de las comunicaciones emitidas hacía más de una semana, como si nadie hubiera usado el chat desde entonces.

—Tengo que salir ya para el trabajo, querida —anunció Felipe—. Si quieres volvemos a intentar por la noche.

—Sí, claro querido —aceptó Berta—. Yo tengo que salir a hacer unas compras y en la tarde voy a visitar a Alejo donde sus padres.

—Perfecto —concluyó Felipe—. Nos vemos allá en la noche —dijo y dio un beso de despedida a Berta.

En ese momento sonó una notificación

—Hola

—*Hola, ¿es usted Jessica Petry?*

—¿Quién habla?

—*Somos las personas a las que usted contactó hace 10 días. Queremos saber por qué lo hizo, cuál es su propósito.*

—Lo siento

—???

—Jessica murió hace seis meses

Noche de asepsias

La noticia sobre la muerte de Jessica Petry fue comentada por Felipe y Berta a los padres de Alejo esa misma noche. En casa de Alejo estaban también reunidos los chicos, Cástor, y la madre de Lula.

Los chicos estaban en la habitación de Alejo, lo que dio la oportunidad a los adultos de conversar en la zona social sobre los últimos hechos y plantear algunas medidas que les darían a conocer más tarde, durante la cena, y que incluían no seguir atendiendo mensajes de Petry ni de ningún extraño hasta tanto la policía no aclarara los eventos.

—Estoy plenamente de acuerdo con lo que proponen Felipe y Bertica —admitió Mónica, la madre de Lula—. Mi niña siempre ha sido muy independiente, pero también sensata y sé que va a entender.

—Yo en cambio no estoy tan segura de la reacción del mío —aclaró Isabella, la madre de Alejo, mientras hacía un guiño cómplice a Juan, el padre—. Sé que va a insistir en continuar. Ya me lo imagino diciendo que las cosas no han terminado, que hay que completar lo que apenas tiene inicio, me lo conozco.

—Bueno, pero nada perdemos con explicárselo querida —sugirió Juan—. Tal vez si estuviera solo, sí, pero está acompañado por J'Martin y Lula.

—Y Cástor —aclaró Berta, con una sonrisa cómplice que enseguida bien interpretó Juan.

—Y Cástor, claro —repitió y dirigiéndose a Felipe preguntó—: ¿y qué dicen tus amigos en la policía?

—Nada, que van perfilar el caso —respondió Felipe—, tú sabes, puede ser un complot con fines de secuestro o una táctica de pedófilos o simplemente una aventura, un juego. Van a ver.

—Eso está bien —concordó Mónica—, tener paciencia y acompañarlos en todo.

Una notificación que venía de la habitación de arriba, disolvió la conversación. Los cinco adultos subieron a atender lo que querían ahora los chicos.

—¿Un nuevo mensaje de Petry? —preguntó desconcertada Mónica. Justamente estábamos hablando abajo que no conviene seguir más el juego, se ha vuelto peligroso y hasta no aclarar lo del accidente de Alejo y el origen de los mensajes, es mejor apartarnos de todo esto y más ahora que sabemos que Petry no existe.

—Es que esta vez es distinto —quiso aclarar Alejo.

—¿Cómo distinto? —interrumpió Isabella—. Si es un mensaje de Petry entonces es más de lo mismo.

—Explícales Martin por favor —suplicó entonces Lula, dirigiéndose al chico que hasta entonces estuvo callado.

J'Martin se levantó del lado de la cama de Alejo y explicó:

Esta vez fue un mensaje telepático. Ustedes saben que yo tengo esa habilidad y que la uso mucho con Cástor, pero esta vez ha llegado a mi mente un mensaje que parece venir de Petry, aunque se me ha explicado que Petry es solo un nombre, un código que han venido usando algunas personas para comunicarse lo más discretamente con nosotros.

—No sé hijo, me parece que debemos tener cuidado —advirtió Berta.

—Entonces explíquenme cómo fue que me enteré que Jessica Perry era un zombi digital antes que ustedes nos contaran —reclamó J'Martin, sentándose de nuevo en la cama—. Ellos me lo han explicado todo. Tienen un último mensaje y para ello quieren concertar un encuentro cuántico.

—¿Y qué es exactamente un encuentro cuántico hijo? —interrogó Felipe.

J'Martin volvió a levantarse y aclaró:

Se trata de presencias que se conectan a las mentes de las personas. En este caso, son tres personas que viven en realidad en un tiempo futuro y que quieren volver justo a este momento de la historia para detener un asunto, un negocio o algo así que quieren revelarnos. Según me explicó Martín, la presencia que me contactó, ellos tres son gente que nació hace sesenta años y de niños fueron contratados para trabajar en un proyecto de arqueología digital en Xanadú. Terminaron trabajando en un proyecto de portales del tiempo y fue así que se transportaron al siglo veintitrés en donde han estado trabajando en temas de derechos humanos.

—Me suena todo tan forzado —interrumpió Felipe, pero enseguida se arrepintió—. Continúa hijo, perdona la interrupción.

Los mensajes que nos han enviado, prosiguió J'Martin, tanto la cinemática de Petry, como el rollo de papel y la tinta invisible, así como las aplicaciones de realidad aumentada y virtual que nos hicieron llegar fueron preparadas por Jessica Petry y alguien más que la ayudó hasta ahora, en todo caso, gente comprometida con la tarea de denunciar muchas de las extravagancias tecnológicas que comenzaron a desbordarse por la década de los cincuenta en Xanadú. Pero con la muerte de Petry y el silencio de sus colaboradores no han tenido más remedio que recurrir al encuentro cuántico con nosotros, los elegidos, para llevar a cabo la misión.

—¿Y cuál es esa misión —preguntó Juan, interrumpiendo a J'Martin

—Es justamente lo que nos van a revelar Martin, Camila y Fernando, las presencias del futuro, en el encuentro cuántico.

El acuerdo al que llegaron adultos y niños después del discurso de J'Martin, fue que tanto el encuentro cuántico como las acciones a tomar serían en todo caso monitoreadas por ellos con información a la policía.

—¿Dónde será el encuentro? —preguntó Mónica y en seguida aclaró—: Es decir, ¿dónde van a estar ustedes para el momento de la conexión?

—Hemos pensado que el sitio ideal es la habitación de Martín —se adelantó Lula. Es su espacio y es quien tiene las mejores habilidades. Será mañana en la tarde.

—Perfecto —sentenció Isabella—, nos vemos todos en casa de Felipe y Berta mañana en la tarde, si ustedes están de acuerdo.

—De acuerdo —dijo Berta, cerrando el asunto.

—Cuentan muchas cosas raras de las noches de asepsia —dijo de pronto Alejo, después que los adultos bajaron y ellos volvieron a estar solos. Los cuatro miraban fascinados el espectáculo de las noches de asepsia, un procedimiento que tenía lugar cada tercer día para limpiar la ciudad, desinfectarla y reducir la contaminación, siguiendo protocolos de una tecnología que justamente había patentado Xanadú hacía varios años.

—Sí —confirmó J'Martin—, se escuchan cosas, como que el toque de queda no es solo para facilitar la labor de máquinas y robots, sino para controlar actividades delictivas y desarrollar operativos policiales de poca legitimidad.

—También que la limpieza no es solo de basura —continuó Alejo—, sino que incluye limpieza social, detención y a veces muertes extrajudiciales de mendigos y otras personas mal llamadas no deseables.

—Chicos, chicos —interrumpió decidida Lula—. Dejemos la paranoia a nuestros padres. Nosotros debemos preparar y concentrarnos en el encuentro.

El encuentro cuántico.

El primero en recibir las señales fue J'Martin. La presencia en su mente fue la misma que se contactó con él la noche anterior, un niño de nombre Martín, de la misma edad de él, blanco y de pelo y ojos castaños, muy vivaz y hablador. El lugar, un parque a las afueras de un conjunto de edificios residenciales de una ciudad futurista, a una hora similar a la del escenario real. A varios metros de la banca del parque donde se hallaban ellos dos, J'Martin divisó a Lula y a Alejo quienes también recibieron las visitas: Fernando, un niño afrodescendiente conversaba con Alejo y Camila una chica morena que parecía muy sonriente, tomaba de la mano a Lula y conversaba con ella como si fueran dos viejas compañeras.

Al tiempo que J'Martin veía a Alejo y a Lula en su habitación hablar solos y a Cástor pasear de un lado a otro mirando extrañado y ansioso y latiendo de vez en cuando, en su escenario mental las dos parejas conversaban animadamente y él escuchaba la voz de su alter ego:

Hemos tenido que acudir a esta técnica para contactarlos debido a la falla de nuestro canal físico, pero si lo piensas no es una situación tan extraña. La humanidad ha preparado esta posibilidad de comunicación intercerebral desde prácticamente su aparición. Las historias que los juglares cantaban en tiempos ancestrales penetraban en la mente de su audiencia que recreaba así los relatos. Después, la escritura dio un paso más al independizar el relato y sus efectos mentales de la presencia física del narrador. Luego vinieron otros medios de comunicación que usaron en esencia lo mismo que hacemos hoy nosotros: comunicamos directamente de cerebro a cerebro. La diferencia en nuestro caso es que las ondas que causan la inmersión mental ya no sólo viajan en el espacio sino en el tiempo. Hubiéramos querido que en el primer encuentro ustedes se enteraran de todos los secretos que guarda la aparición, esplendor y declive de la empresa Xanadú, pero creímos necesario, por seguridad de ustedes mismos, fragmentar la información y mostrarles un poco los efectos perversos y también las posibilidades de los avances tecnológicos que se produjeron de manera formidable hace casi cincuenta años y que para la época que ustedes viven contienen lo mejor y lo peor de la humanidad. De todos los secretos de Xanadú hay uno que creemos se debe desvelar a tiempo para evitar las catastróficas consecuencias que ha tenido y que en nuestro tiempo futuro ha hecho que la humanidad pierda el sentido de su misión. Es este año 2099, en el que ustedes viven, el momento en que justamente se puede marcar el paso a un futuro mucho más viable para las formas humanas y pos humanas que han podido convivir, si logran ustedes denunciar y detener el horror que vive entre ustedes y que se puede extender sin control. Todo comenzó hace casi 50 años cuando un departamento de Xanadú empezó a desarrollar un laboratorio del comportamiento humano para predecir cómo actuaban las personas. La idea era interesante sin duda: abrir la puerta a un futuro simulador que recrearía toda una sociedad. Para ello, se contrataban miles de personas para ponerlas en situaciones de simular algunos retos como los derivados de los dilemas frente el cambio climático, la explotación sostenible de los recursos o la prevención de epidemias. La idea era crear una gran base de datos del comportamiento humano gracias a esas simulaciones, y la promesa era todavía más atractiva: llegaría el momento en que no habría más experimentos con personas reales sino con avatares, diseñando programas informáticos que se comportarían como las personas en la vida real. Este avance dotaría a las ciencias sociales de un poder que hasta ahora no había tenido y suponía también un salto para la robótica al contar con información compleja sobre qué características definen a los humanos.

En algunos casos este nivel de réplica logró alcanzarse a la perfección y para buenos usos como en el caso de las madres robot que hoy pueblan buena parte del planeta y que, como Berta, la tuya, es un gran ejemplo del acierto de esos experimentos.

Pero en muchos casos los experimentos con humanos no fueron reemplazados y se siguieron haciendo incluso por encima de reglas morales y legales.

Hoy, en este año 2099 hay humanos que son vendidos a gente y familias adineradas como simuladores de experiencias que ellos mismos ya no tienen ni tendrán. Una de esas facetas del terrible negocio en que se convirtió la simulación con humanos es la venta de ancianos reales que simulan a los abuelos de familias que ya no tienen esa figura, porque la prolongación de la vida se ha acercado a la inmortalidad. Es una faceta muy cruel, porque lo que hacen estas familias adineradas es pagar para tener a estos ancianos en sus casas y jugar con ellos al cuidado que tendrían si tuvieran un abuelo enfermo o loco en sus casas. Hay casos ya extremos de depravación con estos simuladores, más si se tiene en cuenta que son seres humanos vendidos por sus propios parientes a estas empresas que se lucran con el negocio, aprovechando su condición de pobreza.

Si, Martin, los ancianos son gente pobre, gente que no puede acceder a los costosos beneficios de la inmortalidad. Y quienes los utilizan son gente que con sus recursos han podido acercarse a la inmortalidad pero han perdido figuras propias de la vejez como referencia y entonces pagan por su suplantación, por su simulación.

Lo grave de todo esto es que no son tratados como seres humanos sino como juguetes de los que muchas veces se cansan y entonces los cambian o los desechan.

No queremos mostrarles a lo que esto ha llegado en los tiempos futuros que hemos ido visitando. Esa ha sido nuestra misión desde que accedimos a los portales de viaje en el tiempo: revisar consecuencias catastróficas de algunas dimensiones tecnológicas e identificar los tiempos para la detención de sus causas y los actores que podrían ayudar en sus propios tiempos a la tarea de detención.

Por eso hemos acudido a ustedes, porque ustedes son los elegidos, si, los indicados para hacer algo frente al negocio de los ciber ancianos. Les daremos las indicaciones de dónde operan los lugares en esta ciudad, dónde se hace la preparación de estos seres humanos que serán objeto del programa de simulador de abuelos. Algo similar está ocurriendo ahora mismo en cientos de ciudades con niños parecidos a ustedes.

Lo que ahora sabes, también lo saben Alejo y Lula y les queremos pedir que intervengan para detener ya el horrible negocio.

La presencia de pronto se disolvió y J'Martin miró a su lado para encontrar los rostros desconcertados de Lula y de Alejo. Por un largo momento, los tres niños se miraron en silencio con ojos inundados en lágrimas, hasta que Alejo sentenció:

— No perdamos tiempo, comuniquemos todo lo que sabemos a nuestros padres.

Cástor lloriqueó y se acercó a los niños que acariciaron su lomo con una ternura que antes no habían experimentado.



Al rescate de los ciber ancianos

Felipe contactó a sus conocidos en la policía. Debían ser cuidadosos con lo que habían descubierto los chicos. Parecía algo horroroso y de sumo peligro. Tras todos los avatares que habían sufrido en las últimas semanas, lo mejor era que del asunto se encargaran los profesionales. Los chicos sin embargo solicitaron seguir el allanamiento vía streaming. Felipe consiguió la autorización, era lo justo, y por eso los cuatro se encontraban en la habitación de J'Martin pegados a la pantalla.

—Será excitante ver el resultado de nuestras aventuras —exclamó Alejo—. Todo lo que nos ha sucedido, incluso mi brazo roto, tiene sentido ahora, justo ahora.

—Sí, pero también será doloroso —aclaró Lula—. Solo imaginarme lo que hay en esa sala me pone los pelos de punta.

J'Martin y Cástor jugaban en un sofá como si estuvieran celebrando anticipadamente por los resultados de su investigación.

—Cástor me dice que somos unos héroes —afirmó J'Martin a modo de traducción de la plática que acababa de sostener con su mascota.

—Pues si sumamos los sacrificios que hemos hecho —replicó Lula—, la persistencia con la que trabajamos y la exposición a peligros incluso de muerte a la que nos vimos sometidos, pues si, técnicamente somos héroes.

—Ay, mi Lula —se quejó Alejo—, ¿Por qué eres tan seria y tan fría a veces? No sólo técnicamente, si no realmente hemos sido unos héroes, o al menos eso creo.

—Pues la discusión no vale la pena —sentenció J'Martin y si no que lo diga Cástor—. Lo importante es que vamos a ayudar a devolver la dignidad a unas personas que fueron sometidas a lo peor que uno pueda imaginarse.

—Miren, miren —advirtió Alejo—. Los agentes ya están abriendo la puerta de la sala.

—¡Qué horror, qué horror! —exclamó conmovida Lula. Cástor ladraba incontinente.

Dos láminas de un metro y medio por dos conformaban la puerta que daba acceso a la sala que parecía una de cuidados intensivos normal. Nueve cubículos que albergaban ancianos, hombres y mujeres conectados a tubos y paneles de control, algunos intubados, otros dependientes de máquinas de respiración artificial, la mayoría recostados sobre sus camas hospitalarias. Solo dos ancianos estaban sentados y mostraban sus rostros de sorpresa, de súplica, de dolor, de sufrimiento.

Algunos agentes ingresaron por el corredor de oficinas y llegaron a otro portón. Cuando lo abrieron, encontraron una sala en la que se hallaron diez ancianos más, sentados en sillas dotadas de conexiones de todo tipo, de las que se destacaban, tubos de oxigenación artificial, sondas de alimentación, sondas urinarias y hasta bolsas de ileostomía.

Horror, horror, se escuchaba el coro en la sala de J'Martin.

Un agente sacó esposado al único miembro del cuerpo médico que se encontraba en el momento del allanamiento. Los demás acababan de huir por un corredor alternativo, según anunciaba el jefe policial del operativo quien también resumió ante la cámara los detalles del descubrimiento.

Las personas que ven aquí son ancianos que se mantienen artificialmente en distintos estados de salud física y mental que son enviados luego supuestamente al seno de sus familias. Pero en realidad son llevados a familias que han pagado para tener la experiencia de cuidar o

sobrellevar situaciones difíciles que no viven realmente, pues el envejecimiento y la muerte ya no hacen parte de sus vivencias. Pagan entonces por simulacros de esas vivencias, como antes lo hicieron por la inmortalidad, solo que, con personas reales, ancianos abandonados que son sometidos a una prolongación inhumana de sus vidas. Que quede claro: no se trata de una actitud compasiva o humanitaria, sino de un juego macabro en el que involucran a niños y a jóvenes, un juego terrible que cuando termina lleva al desecho de estos seres. Algunos incluso regresan a la sala y son vendidos de nuevo.

Y este es apenas un pequeño nodo de toda una red que ya tenemos rastreada y que esperamos erradicar para siempre.

La consternación no podía ser peor. Los tres chicos quedaron shockeados. Entraron Felipe y Berta y en un mar de llantos en el que se confundieron los seis, incluyendo a Cástor que lloriqueaba y chillaba solidario, trataban de consolarse mutuamente. Ya nada sería lo mismo para este grupo que tendría que sobrellevar la dura experiencia de haber contribuido a descubrir y solucionar este crimen a costa de su salud emocional e incluso mental.

La transmisión del streaming se cerró y ellos miraron absortos por el ventanal el paisaje nocturno de una ciudad que se preparaba, con el rito de limpieza y asepsia, para recomenzar.

—Ojalá yo pudiera también reiniciar mañana mi vida como si nada —se quejó Lula mirando las máquinas de aseo en plena operación, mientras los otros agacharon la cabeza y la movieron como adhiriendo a esta triste idea de la chica.

EPÍLOGO

Los roles de esta aventura estuvieron claros: Lula era la chica inteligente, capaz de comprender los mensajes encriptados que nos fueron conduciendo a los terribles secretos de Xanadú. Su inteligencia y su habilidad para descubrir conexiones y patrones permitió que la tarea se pudiera cumplir a tiempo y con eficiencia. Alejo fue siempre el polo a tierra. Sin él, sin su pragmatismo, sin su humor, nos habríamos enredado en discusiones bobas y falsas señales. Incluso Cástor tuvo su protagonismo. Su sensibilidad, su habilidad para congregarnos a partir de sus gestos y de sus emociones, mantuvo al grupo unido, aún en los momentos difíciles de la misión.

¿Pero cuál era el rol de J'Martin, el mío? Solo dos años después de los acontecimientos y después de relatar mil veces la historia frente a muchos interlocutores que nos pedían cada vez más detalles y más narrativa, tuve la conciencia de mi función. Siempre que me preguntaban cómo habían sucedido los hechos, incluso y muy especialmente cuando nos preguntaban a los tres, o cuando la gente curiosa iba a casa y delante de mis padres yo volvía a contar todo, sentía que había logrado la claridad no sólo de los eventos, sino de la forma de presentarlos.

Hoy, cinco años después, Lula es la líder de un grupo de jóvenes que lucha por ofrecer claves y escenarios de participación ciudadana para que la tecnología tenga aplicaciones éticas y convenientes. Su metodología de trabajo ya es reconocida en todo el mundo y viaja o se conecta con lugares donde quieren que ella apoye procesos de apropiación social de los avances e innovaciones tecnológicas.

Alejo, por su parte, se ha dedicado a enseñar a niños y niñas la necesidad de ampliar nuestra visión del otro, de concretar en una ecología extensa las lógicas de inclusión que siempre han tenido en los intereses particulares y oscuros una trampa o un discurso mal intencionado que no deja florecer la ética que requiere un mundo rico, diverso, cambiante y dinámico como el nuestro.

Yo, de mi parte, me he dedicado a estructurar la historia que vivimos y protagonizamos, y he optado por una estrategia que siempre estuvo insinuada en los mensajes de Petry: hacerlo a la antigua, recuperando prácticas de expresión como ésta de la escritura literaria.

No ha sido fácil. Por años, la escritura fue relegada a funciones puramente prácticas, de registro de contenidos o como medio para ofrecer instrucciones de uso y mensajería verbal. Por eso me propuse que otras funciones que fueron muy explotadas en siglos anteriores como la oportunidad para elaborar mundos posibles en nuestra mente, convocar en nuestro pensamiento imágenes sugeridas por las palabras, o incluso la capacidad de la escritura de producir en su ejercicio una conciencia distinta a la del mundo ordinario, una conciencia rebelde, tuvieran en mi propio ejercicio un escenario útil y muy oportuno. Esa fue mi convicción.

Pero resultó ser todo un ejercicio de arqueología del que no estoy seguro que haya terminado bien. Recrear acontecimientos es mucho más que recordar y escribir sobre ellos, es seleccionar de entre un número grande de posibilidades los eventos significativos, los personajes clave, los tiempos y modos de narrar, la descripción de espacios, el tipo de narrador, los temas a exponer. Todo un *ars combinatoria* que debe encajar con perfección para que el mensaje llegue con eficacia al lector.

El lector... Escribir no sólo es el ejercicio de un escritor, sino que exige la capacidad del lector de descomponer los códigos del escrito. Así como el escritor de hoy es funcional, práctico y carente de finalidades estéticas y cognitivas, el lector ha perdido muchas habilidades. El lector de mi escrito debe abandonar también esa funcionalidad para adentrarse en los vericuetos de una escritura que como la literaria ya no tiene prácticamente hoy ningún valor cultural, excepto ese de lo arqueológico. Recuperar los valores de una escritura literaria implica entonces formar la comunidad que reciba y valore el acontecimiento de la palabra.

Por eso, este relato es a la vez, para usar también una vieja figura, una botella tirada al mar, es decir, un mensaje cuyo destino y cuyos efectos no están garantizados más allá de lo fortuito. Y a la vez una oportunidad para emprender la tarea, que inicio hoy, de conformar, de refundar la comunidad lectora de literatura.

Lula ha encontrado el camino que nuestra aventura abrió hace cinco años. Alejo ha hecho lo propio. Yo por fin he encontrado una misión que sigue con la escritura de otros relatos, con las crónicas de otras aventuras y con la creación de una comunidad que recupere los valores que ofrece la literatura en tiempos de realidades virtuales y aumentadas, de inteligencias artificiales y robots, de hologramas y mensajes cibernéticos.

Espero que tú, lector fortuito o comprometido con la causa, ayudes en esa otra misión.